

1

Hay nubes, por supuesto. Invaden el cielo y ocultan la luna hinchada y palpitante que está carraspeando sobre ellas. Se percibe el lento goteo de su luz, pero cualquier posible resplandor está oculto, invisible bajo las nubes que flotan bajas, henchidas y preñadas. Las nubes no tardarán en abrirse y descargar una torrencial lluvia de verano, muy pronto, porque también ellas están henchidas del deber que les aguarda, henchidas hasta el punto de estallar, tan henchidas que también han de esforzarse por retener el diluvio que ha de llegar, y pronto.

Pronto, pero ahora no, todavía no. También han de esperar, enormes debido al poder que está creciendo en ellas, la corriente verdadera y cegadora de lo que vendrá, de lo que ha de venir cuando sea el momento, cuando sea más que necesario y adopte la verdadera forma de este momento, cuando forje el verdadero y necesario esqueleto del ahora...

Pero el momento no ha llegado aún, todavía no. Y así, las nubes fruncen el ceño, se apiñan y esperan, dejan que la necesidad aumente y la tensión crezca con ella. Será pronto; ha de ser pronto. Dentro de breves momentos, estas nubes oscuras y silenciosas hendirán el silencio de la noche con la insoportable omnipotencia brillante de su poder y descompondrán la oscuridad en esquirlas titilantes..., y entonces, sólo entonces, llegará la liberación. Las nubes se abrirán y toda la tensión de retener tanto peso manará a borbotones en la dicha inigualable de la liberación, y su limpia alegría se verterá e inundará el mundo con su felicísimo don de luz y liberación.

Ese momento está cerca, tan seductoramente cerca..., pero todavía no. Y así, las nubes aguardan el momento ideal, alimentan su oscuridad, cada vez más grandes y cargadas de sombras, hasta que deban soltar su carga.

¿Y aquí abajo, en la noche sin luz? ¿Aquí en la tierra, en el inhóspito charco de sombra que estas nubes han creado con su enfurruñamiento, capaz de ocultar la luna y acaparar el cielo? ¿Qué puede ser aquello, allí a lo lejos, ajeno al cielo y oscuro, que se desliza a través de la noche tan pletórico, preparado y a la espera, igual que las nubes? Y está esperando, sea cual sea su oscura sustancia. Espera tenso y enroscado y vigila el momento perfecto para hacer lo que hará, lo que ha de hacer, lo que siempre ha hecho. Y ese momento se va acercando poquito a poco, como si también supiera lo que se avecina y lo temiera, y siente el terror del momento idóneo que está al llegar, cada vez más cercano..., hasta que se halla detrás de ti, contempla tu cuello y casi saborea el tibio aleteo de esas tiernas venas y piensa, *ahora*.

Y un rayo tremendo rasga la noche oscura y descubre a un hombre grande de aspecto fofo escabulléndose a toda prisa, como si también él hubiera sentido muy próximo el oscuro aliento. Retumba el trueno, un nuevo rayo destella, y la figura está más cercana, hace malabarismos con un ordenador portátil y una carpeta de papel manila mientras busca a tientas las llaves y desaparece de nuevo en la oscuridad cuando el rayo se apaga. Un estallido más de luz. El hombre está muy cerca, aferra sus cosas y sostiene una llave de coche en el aire. Y desaparece de nuevo en el negro silencio. Se hace un repentino silencio, una quietud absoluta, como si nada respirara y hasta la oscuridad contuviera el aliento... Y entonces llega una súbita ráfaga de viento y el estrépito de un postrer trueno y el mundo entero grita: *Ahora*.

Ahora.

Y todo cuanto ha de suceder en esta oscura noche de verano empieza a suceder. Los cielos se abren y vierten su carga, el mundo vuelve a respirar, y en la húmeda oscuridad otras tensiones se estiran y desenroscan muy lentamente, con cautela, extienden sus zarcillos tiernos y afilados hacia la figura que manotea como un payaso, que se esfuerza por abrir la puerta del coche en esta repentina lluvia. La puerta del coche se abre, el ordenador portátil y la carpeta caen sobre el asiento, y después el hombre fofo y grueso se desliza detrás del volante, cierra la puerta de golpe y respira hondo mientras se seca el

agua de la cara. Y sonrío, una sonrisa de pequeño triunfo, algo que se repite mucho últimamente. Steve Valentine es un hombre feliz. Las cosas le han ido muy bien en los últimos tiempos, y cree que esta noche le han vuelto a salir bien. Para Steve Valentine, la vida es estupenda.

Por otra parte, está a punto de terminar.

Steve Valentine es un payaso. No se trata de un bufón, ni de una feliz caricatura de la normalidad inepta. Es un payaso de verdad, que pone anuncios en los periódicos locales y ofrece sus servicios para fiestas infantiles. Por desgracia, el motor de su vida no son las alegres carcajadas de la inocencia infantil, y sus actos de prestidigitación se le han ido un poco de las manos. Ha sido detenido y puesto en libertad dos veces, cuando los padres comunicaron a la policía que no es necesario encerrarse con un niño en un armario oscuro para enseñarle a manipular globos de modelado.

Le soltaron en ambas ocasiones por falta de pruebas, pero Valentine captó el mensaje. Desde aquel momento nadie se ha quejado. ¿Cómo iban a hacerlo? Pero no ha dejado de divertir a los niños, por supuesto que no. Genio y figura hasta la sepultura. Sólo se ha vuelto más prudente, más oscuro, como los depredadores heridos. Se ha entregado a un juego más permanente, y cree que ha descubierto una forma de jugar sin tener que pagar un precio.

Craso error.

Esta noche le pasarán factura.

Valentine vive en un decrepito edificio de apartamentos situado al norte del aeropuerto de Opa-locka. El edificio aparenta cincuenta años de antigüedad, como mínimo. La calle está sembrada de coches abandonados, algunos quemados. El edificio tiembla levemente cuando los aviones vuelan bajo, al aterrizar o al despegar, y ese sonido interrumpe el constante ruido de fondo del tráfico que circula por la autovía cercana.

El apartamento de Valentine se encuentra en el segundo piso, número once, y tiene una vista excelente de un parque infantil hecho polvo con unas barras de mono oxidadas, un tobogán torcido y una canasta de baloncesto sin red. Valentine ha dispuesto una tumbona

vieja y rota en el balcón de su apartamento, de forma que dispone de una vista perfecta del parque. Eso le permite sentarse y beber una cerveza y ver jugar a los niños e hilvanar pensamientos dichosos sobre jugar con ellos.

Y lo hace. Ha jugado, como mínimo, con tres niños pequeños, que nosotros sepamos, y quizá más. Durante el último año y medio han rescatado cuerpos menudos de un canal cercano en tres ocasiones. Habían sido sometidos a abusos sexuales, y después estrangulados. Todos los niños eran de este barrio, lo cual significa que sus padres son pobres y es probable que hayan entrado en el país de manera ilegal. Lo cual significa que, cuando asesinaron a sus hijos, debieron contar muy poca cosa a la policía, y eso significa que sus hijos son objetivos perfectos para Valentine. Tres veces, como mínimo, y la policía carece de pistas.

Pero nosotros no. Nosotros tenemos más de una pista. Nosotros sabemos. Steve Valentine contemplaba a aquellos niños que jugaban en el parque infantil, y después les seguía mientras caía la noche, les enseñaba sus propios juegos terminales, y después los arrojaba a las aguas turbias llenas de basura del canal. Y regresaba satisfecho a su decrepita tumbona, abría una cerveza y clavaba la vista en el parque, al acecho de un nuevo amiguito.

Valentine se creía muy listo. Pensaba que había aprendido la lección y descubierto una nueva forma de convertir sus sueños en realidad, y encontrado un hogar para su estilo de vida alternativo, y que no existía nadie lo bastante listo para atraparle y obligarle a parar. Hasta ahora había estado en lo cierto.

Hasta esta noche.

Valentine no se encontraba en su apartamento cuando la policía fue a investigar la muerte de los tres niños, y no fue cuestión de suerte. Fue cuestión de su astucia de depredador; tiene un escáner para escuchar las transmisiones de radio de la policía. Sabía cuándo se hallaba en la zona. No ocurría con frecuencia. A la policía no le gustaba ir a barrios como aquél, donde lo mejor que podían confiar en recibir era una hostil indiferencia. Ése es uno de los motivos de que Valentine viva allí. Pero cuando la policía va, él lo sabe.

La policía va si es necesario, y lo ha de hacer si Alguien llama al 911 para informar de que una pareja se está peleando en el apartamento once del segundo piso, y si Alguien dice que la pelea ha concluido de repente con un chillido de terror seguido de silencio, van a toda prisa.

Y cuando Valentine los oye en su escáner, camino de su dirección, de su apartamento, es lógico que desee estar en otra parte antes de que lleguen. Se llevará cualquier material en su posesión que insinue cuál es su pasatiempo favorito, y bajará corriendo la escalera, saldrá a la oscuridad y se meterá en el coche, y se alejará hasta que la radio le confirme que las cosas se han tranquilizado de nuevo.

No pensará que Alguien se tome la molestia de buscar la matrícula de su coche para averiguar que conduce un Chevrolet Blazer azul claro de doce años de antigüedad, con placas de ¡ELIGE LA VIDA! y un letrero magnético en la puerta que reza PUFFALUMP EL PAYASO.*

Tampoco pensará que alguien pueda estar esperándole en el asiento trasero de su coche, acurrucado con cautela en las sombras.

Se equivoca en ambas cosas. Alguien conoce su coche, y Alguien espera en silencio aplastado contra el suelo del oscuro asiento posterior de su Chevy antiguo, espera mientras Valentine termina de secarse la cara y dibujar en la cara su sonrisa secreta de pequeño triunfo, y al fin, al fin, introduce la llave en el encendido y pone en marcha el motor.

Y cuando el coche cobra vida con un chisporroteo, llega el momento, repentinamente, al fin, y Alguien se incorpora de la oscuridad rápido como el rayo, pasa alrededor del grueso cuello de Valentine un sedal de nailon de cincuenta libras de resistencia, y lo tensa con fuerza antes de que el hombre pueda decir otra cosa que «¡Ajji...!», y empieza a agitar los brazos de una forma estúpida, débil y penosa, lo cual consigue que Alguien sienta el frío y desdeñoso poder que asciende por el sedal de nailon hasta las manos que lo

* Puffalump: animales de peluche creados por Fisher-Price en 1986. (*N. del T.*)

sujetan. Y ahora, la sonrisa ha desaparecido del rostro de Valentine y se ha fundido con la nuestra, y estamos tan cerca de él que podemos oler su miedo y oír el aterrorizado retumbar de su corazón y sentir su falta de aliento, y esto es estupendo.

—Ahora eres nuestro —le decimos, y nuestra Voz Autoritaria le golpea como el impacto del rayo que estalla fuera para puntuar la oscuridad—. Harás lo que nosotros te digamos, y sólo lo harás cuando lo digamos.

Y Valentine cree que ha de decir algo al respecto y emite un leve sonido húmedo, así que tiramos del nudo con fuerza, con mucha fuerza, sólo un momento, para que sepa que hasta su aliento nos pertenece. Su rostro se pone oscuro y los ojos se le salen de las órbitas y se lleva las manos al cuello y sus dedos arañan frenéticamente el nudo unos cuantos segundos, hasta que la negrura cae sobre él y sus manos resbalan hasta posarse sobre el regazo y se derrumba hacia delante y empieza a perder el sentido, hasta que aflojamos un poco el nudo porque todavía es demasiado pronto, demasiado pronto para él.

Mueve los hombros y emite un sonido como el de una rueda dentada oxidada cuando inhala aire una vez más, una más en el número cada vez más pequeño de inhalaciones que le quedan, y como todavía no sabe que el número es ínfimo, inhala de nuevo a toda prisa, con algo más de facilidad, se incorpora y desperdicia su precioso aire cuando grazna: «¡Qué coño!»

Un reguero de desagradables mocos se desprende de su nariz y su voz suena agarrotada, rasposa y muy irritante, de modo que tiramos del nudo otra vez, en esta ocasión con más suavidad, lo suficiente para que se entere de que es nuestro, así que emite un jadeo ahogado obediente, se aferra la garganta y enmudece.

—No hables —ordenamos—. Conduce.

Mira por el retrovisor y sus ojos se encuentran con los nuestros por primera vez, sólo los ojos, que se ven fríos y oscuros a través de las hendiduras practicadas en la elegante capucha de seda que cubre nuestro rostro. Durante un momento piensa que va a decir algo y tiramos del nudo con mucha suavidad, sólo para refrescar su memo-

ría, así que cambia de opinión. Desvía la vista del espejo, pone el coche en marcha y conduce.

Le guiamos con cautela hacia el sur, le alentamos de vez en cuando con tironcitos del lazo, sólo para grabar en su mente la única idea de que ni siquiera respirar es automático, y no ocurrirá hasta que nosotros lo digamos, de modo que se porta muy bien durante casi todo el trayecto. Tan sólo un momento, en un semáforo en rojo, nos vuelve a mirar por el retrovisor, carraspea y dice:

—¿Qué vas a...? ¿Adónde vamos?

Y tiramos con mucha fuerza del nudo durante un largo momento y dejamos que su mundo se desdibuje un poco.

—Vamos donde te hemos dicho. Límitate a conducir y no hables, y es posible que vivas un poco más.

Eso es suficiente para que recupere los modales, porque todavía no sabe que pronto, muy pronto, no querrá vivir un poco más, porque vivir como llegará a experimentar es algo muy doloroso.

Le guiamos con precisión por calles laterales hasta una zona de casas destartadas más nuevas. Muchas están deshabitadas, abandonadas por impago de hipoteca, y una de ellas en particular ha sido seleccionada y preparada, y guiamos a Valentine hacia ese lugar, por una calle silenciosa y bajo una farola rota, hasta entrar en un anticuado aparcamiento techado anexo a la casa, y le obligamos a detener el coche en la parte posterior del aparcamiento, donde no puede verse desde la carretera, y apagar el motor.

Durante un largo momento no hacemos otra cosa que apretar el nudo y escuchar la noche. Aplacamos el creciente gorgoteo de la música lunar y el suave roce imperioso de las alas interiores que ansían abrirse de par en par y elevarnos hasta el cielo, porque hemos de ser muy cuidadosos. Estamos a la escucha de cualquier sonido que pueda perturbar nuestra noche de necesidad. Escuchamos, y oímos el latigazo de la lluvia y el viento, y el tamborileo del agua sobre el techado del aparcamiento y el agitarse de los árboles cuando la tormenta de verano avanza entre ellos, y nada más.

Miramos: la casa a nuestra derecha, la única casa desde la que se

puede ver este aparcamiento, está a oscuras. También está vacía, como la casa en la que hemos aparcado, y nos hemos asegurado de que no había nadie en ella tampoco, y seguimos la calle con la mirada, escuchamos, saboreamos con cautela el viento tibio y húmedo, por si percibimos el olor de otra cosa que pudiera ver u oír, y no hay nada. Respiramos hondo, una profunda y hermosa inhalación, impregnada del sabor y el aroma de esta noche espléndida y de las cosas terribles y maravillosas que pronto haremos juntos, sólo nosotros y Puffalump el payaso.

Y entonces Valentine carraspea, procura con todas sus fuerzas hacerlo con discreción y en voz baja, intenta aliviar el intenso dolor del nudo que rodea su cuello y extraer un sentido a este acontecimiento imposible que está sucediendo a alguien tan especial y maravilloso como él, y ese sonido araña nuestros oídos como el espantoso estrépito de mil dientes al romperse, y tiramos con fuerza del nudo, lo bastante fuerte para romper la piel, lo bastante fuerte para eliminar de una vez por todas la idea de emitir algún sonido de nuevo, y arquea la espalda contra el asiento mientras se manosea la garganta con los dedos un segundo, antes de sumirse de nuevo en el silencio con los ojos desorbitados. Y bajamos a toda prisa del coche, abrimos la puerta del conductor y le tiramos de rodillas sobre el pavimento en sombras del aparcamiento.

—Ahora vamos a darnos prisa —decimos.

Aflojamos apenas el lazo y nos mira con una cara reveladora de que ya nunca más comprenderá el concepto de «prisa», y cuando percibimos esta nueva y maravillosa certeza plasmarse en sus ojos, apretamos el lazo lo suficiente para que asimile la verdad de ese pensamiento, y se pone en pie trabajosamente, se adelanta a nosotros, atraviesa la puerta de celosía posterior y penetra en la oscuridad de la casa vacía. Y ahora ya le tenemos en su nuevo hogar: el último lugar en el que vivirá.

Le guiamos hasta la cocina y nos detenemos para que se quede en pie unos silenciosos segundos, y nos apostamos detrás de él con una mano firme en el lazo, y cierra los puños y mueve los dedos, y después vuelve a carraspear.

—Por favor —susurra, con una voz maltrecha que ya se ha sumido en la muerte antes que él.

—Sí —decimos, con toda nuestra serena paciencia lamiendo los bordes de una desenfundada orilla de goce, y es posible que crea percibir cierta esperanza en esa suave impaciencia, porque sacude la cabeza, apenas, como si pudiera persuadir a la marea de que retroceda.

—¿Por qué? —grazna—. Es, es que... ¿Por qué?

Apretamos con mucha fuerza el nudo alrededor de su garganta y observamos que su aliento se paraliza, su rostro se ensombrece y cae una vez más de rodillas, y justo antes de que pierda la conciencia aflojamos el lazo, sólo un poco, lo suficiente para que una pequeña nube de aire se cuele en sus pulmones a través de su garganta dolorida, y le ponemos en pie y le miramos a los ojos, y se lo contamos todo con absoluta y gozosa sinceridad.

—Porque sí —decimos. Y entonces apretamos el nudo de nuevo, con más fuerza, con mucha fuerza, y vemos complacidos que se desliza por la larga pendiente abajo hacia un sueño sin aire y se desploma sobre su rostro teñido de púrpura.

Nos ponemos a trabajar con celeridad, lo disponemos todo justo antes de que pueda despertar y estropear la función. Sacamos nuestra bolsita de juguetes y herramientas del coche y recuperamos la carpeta de papel manila que dejó en el asiento del coche y volvemos deprisa a la cocina con todas estas cosas. Al poco, Valentine está inmovilizado con cinta americana sobre la encimera, con la ropa arrancada a cuchilladas y la boca amordazada, y a su alrededor hemos distribuido las bonitas fotos que hemos encontrado en la carpeta, encantadoras instantáneas de niños jugando, riendo del payaso en algunas, en otras sosteniendo una pelota o columpiándose. Y tres de ellas están situadas con sumo cuidado en el lugar apropiado para que pueda verlas, tres sencillos retratos tomados de los artículos aparecidos en los periódicos sobre los tres niños que habían sido encontrados muertos en un canal.

Y mientras terminamos de prepararlo todo, tal como tiene que ser, los párpados de Valentine se agitan. Permanece inmóvil un mo-

mento, tal vez siente el aire tibio sobre su piel desnuda, y la apretada cinta que le inmoviliza, y tal vez se pregunta por qué. Entonces recuerda, sus ojos se abren de golpe e intenta cosas imposibles, como romper la cinta americana o aspirar largas bocanadas de aire o emitir chillidos por una boca amordazada cuidadosamente en voz lo bastante alta para que alguien le escuche en este mundo apartado. Para Valentine, sólo algo nimio es posible, sólo algo carente de importancia, absurdo, maravillo, necesario, y ahora empezará a suceder, ahora, por más inútiles esfuerzos que lleve a cabo.

—Relájate —decimos, y apoyamos una mano enguantada sobre su pecho desnudo, que sube y baja—. Pronto habrá terminado.

Y nos referimos a todo, a todo, a cada inhalación y parpadeo, a cada mirada lasciva y carcajada, a cada fiesta de cumpleaños y modelado de globos, a cada desplazamiento ávido en el crepúsculo a la caza y captura de algún niño pequeño y desvalido: todo habrá terminado, y pronto.

Le damos una palmadita en el pecho.

—Pero no demasiado pronto —decimos, y la fría felicidad de esa sencilla verdad asciende desde nuestro interior hasta nuestros ojos, y él lo ve, y tal vez sepa lo que se avecina, y tal vez albergue todavía una estúpida esperanza. Pero mientras se funde con la encimera en la apretada presa irrompible de la cinta y la todavía más fuerte necesidad de esta noche delirante, la hermosa música de la Danza Oscura empieza a alzarse a nuestro alrededor y nos ponemos a trabajar, y todas las esperanzas de Valentine se desvanecen para siempre cuando esta única cosa esencial empieza a suceder.

Empieza despacito, no de manera vacilante, no debido a la incertidumbre, sino despacito para que dure. Despacito para ejecutar y disfrutar cada cuchillada bien planificada, bien ensayada y practicada con frecuencia, y para conducir al payaso despacito al punto de la comprensión final: una clara y sencilla percepción de cómo acaba todo para él, aquí, ahora, esta noche. Despacito le hacemos un verdadero retrato de cómo ha de ser, ejecutamos fuertes líneas oscuras para demostrar que esto es lo único que habrá. Éste es su último truco, y ahora, aquí, esta noche, despacito, con cuidado, meticolosa-

mente, tajada a tajada, pieza a pieza, pagará el peaje al alegre guardián del puente de la hoja brillante, y despacito cruzará ese tramo final que le separa de una oscuridad eterna a la que muy pronto, de muy buen grado, incluso con ansia, deseará entregarse, porque para entonces ya sabrá que es la única forma de escapar del dolor. Pero ahora no, todavía no, tan pronto no. Primero hemos de conducirlo hasta allí, conducirlo hasta el punto de no retorno y más allá, donde comprenderá que hemos llegado al límite y jamás podrá regresar. Ha de darse cuenta, ha de comprenderlo, asumirlo, aceptarlo como algo justo y necesario e inmutable, y nuestra dichosa tarea es conducirlo hasta allí, para después señalar la frontera situada al borde del fin y decir: «¿Lo ves? Hasta aquí has llegado. Has cruzado el límite y todo va a terminar».

Y ponemos manos a la obra, con la música sonando a nuestro alrededor y la luna asomando por un hueco entre las nubes, que lanza una risita risueña al ver lo que ocurre, y Valentine se muestra de lo más colaborador. Forcejea, masculla y lanza chillidos ahogados al darse cuenta de que lo que está sucediendo no tiene vuelta atrás, y está sucediendo con tal meticulosidad que está desapareciendo, él, Steve Valentine, Puffalump el payaso, el divertido hombre risueño de la cara enharinada que ama con todas sus fuerzas a los niños, los ama muchísimo y con mucha frecuencia, y de una forma tan desagradable. Es Steve Valentine, payaso de fiestas, capaz de conducir a un niño por todo el mágico arco iris de la vida en una sola hora oscura, desde la felicidad y el asombro hasta la agonía final en que todo se apaga sin remisión en las aguas sucias de un canal cercano. Steve Valentine, demasiado inteligente para que alguien consiguiera pararle los pies o demostrar lo que ha hecho en un tribunal. Pero ahora no está en un tribunal, y nunca lo estará. Esta noche está tendido en el banquillo del Tribunal de Dexter, y el veredicto final refulge en nuestra mano, y no existe acceso a abogados de oficio en el lugar al que se dirige, ni tampoco son posibles las apelaciones.

Y justo antes de que el mazo caiga por última vez, hacemos una pausa. Un pequeño e insistente pájaro se ha posado sobre nuestro hombro y gorjea su canción intranquila: *Pío, pío, en la verdad porfío.*

Conocemos la canción y conocemos su significado. Es la canción del Código de Harry, y dice que hemos de estar seguros, hemos de estar convencidos de haber hecho lo correcto a la persona correcta, para que la pauta se complete y podamos concluir la sesión con orgullo y alegría, y experimentar la complacida oleada de satisfacción.

Y así, donde la respiración es lenta y muy difícil para lo que queda de Valentine, y la última luz de comprensión brilla en sus ojos enrojecidos e hinchados, nos detenemos, nos inclinamos y volvemos su cabeza hacia las fotos que hemos dispuesto a su alrededor. Levantamos una esquina de la cinta que cubre su boca y debe doler, pero se trata de un dolor ínfimo comparado con lo que ha estado experimentando hasta ahora durante tanto rato, y no emite el menor sonido, salvo un lento silbido de aire.

—¿Los ves? —preguntamos, al tiempo que sacudimos su barbilla húmeda y desencajada y volvemos su cabeza para asegurarnos de que ve las fotos—. ¿Ves lo que has hecho?

Mira y los ve, y una cansada sonrisa se insinúa en la parte destapada de su cara.

—Sí —dice, con una voz medio ahogada por la cinta y destrozada por el nudo, pero que todavía suena clara cuando mira. Ha perdido toda esperanza, y todo sabor a vida ha desaparecido de su lengua, pero un pequeño y cálido recuerdo camina de puntillas sobre sus papilas gustativas cuando mira las fotos de los niños que ha matado—. Eran... guapos... —Sus ojos pasean sobre las fotos, se clavan en ellas durante un largo momento, y después se cierran—. Guapos —dice, y es suficiente. Y ahora nos sentimos muy cerca de él.

—Y tú también —decimos, y volvemos a aplicar la cinta sobre su boca y reanudamos el trabajo, ascendiendo hacia una bien merecida dicha cuando el clímax de nuestra afilada sinfonía brota a todo volumen de la risueña luna creciente, y la música nos lleva cada vez más alto, hasta que por fin, poco a poco, con cautela, alegremente, llega a su último acorde triunfal y libera todo en la noche tibia y húmeda: todo. Toda la ira, la desdicha y la tensión, toda la confusión y la frustración amontonadas de la vida cotidiana sin sentido que nos vemos obligados a soportar para que esto suceda, todo el insignifi-

cante y absurdo disparate de intentar integrarnos en la humanidad bovina, todo ha desaparecido, todo se ha fundido en la acogedora oscuridad, y con ello, acompañándonos como un cachorrillo maltratado y apaleado, todo cuanto pudiera quedar dentro del pellejo malvado y hecho trizas de Steve Valentine.

Adiós, Puffalump.

2

Estábamos limpiando, mientras sentíamos la lenta y cansada satisfacción infiltrarse en nuestros huesos, como siempre, y una engréida y satisfecha lasitud por haber concluido, y a pedir de boca, nuestra felicísima noche de necesidad. Las nubes habían desaparecido y dejado un risueño arrebol de luz de luna, y ahora nos sentíamos mucho mejor. Siempre nos sentimos mejor después.

Y es posible que no prestáramos toda la atención debida a la noche que nos rodeaba, envueltos como estábamos en nuestro capullo de satisfacción, pero oímos un ruido, una inhalación leve y sobresaltada, y después el susurro de unos pies que corrían, y antes de que pudiéramos hacer otra cosa que volvernos hacia el sonido, los pies corrieron hacia la puerta de atrás de la casa a oscuras, y oímos que la puerta se cerraba de golpe. Y sólo pudimos seguir el ruido y mirar con silenciosa desazón a través de la celosía de cristal de la puerta, y vimos que un coche aparcado en el bordillo cobraba vida y se alejaba a toda prisa en la noche. Los faros traseros se encienden (el izquierdo cuelga en un ángulo extraño), y sólo vemos que es un Honda antiguo, de un color oscuro indefinido, con una mancha de herrumbre grande en el maletero que parece una marca de nacimiento metálica. Y entonces el coche se pierde de vista y un nudo frío y ácido se forma en la boca de nuestro estómago cuando la imposible y temida verdad se enciende en nuestro interior y siembra pánico como la sangre brillante y espantosa de una herida recién abierta...

Nos han visto.

Durante un largo y horrible minuto nos quedamos contemplando la puerta, mecidos por los ecos interminables del pensamiento impensable. *Nos han visto.* Alguien había entrado, no le habíamos oído, había pasado desapercibido, y nos habían visto tal como éra-

mos, erguidos extenuados y satisfechos sobre los restos medio envueltos. Y había visto lo suficiente para reconocer los fragmentos asimétricos de Valentine por lo que eran, porque fuera quien fuera había huido veloz como el rayo, presa del pánico, y desaparecido en la noche antes de que pudiéramos hacer otra cosa que respirar. Había visto... Hasta era posible que nos hubieran visto la cara. En cualquier caso, había visto lo bastante para reconocer lo que estaba viendo, y había escapado en busca de la salvación, y probablemente para llamar a la policía. Estaría llamando en este mismo momento, enviarían patrullas a detenernos y ponernos a buen recaudo, pero aquí estábamos, paralizados en una inacción estupefacta y aturdida, contemplando babeantes el lugar donde los faros traseros habían desaparecido, petrificados en estúpida incompreensión como un niño que viera unos dibujos animados conocidos doblados en un idioma extranjero. Nos habían visto... Y por fin, el pensamiento envía la sacudida de temor que necesitábamos para entrar en acción, ponernos las pilas, acelerar las últimas fases de limpieza y salir por la puerta con los bultos todavía calientes de todo cuanto hemos hecho durante esta espléndida noche interrumpida.

Es un milagro que salgamos de la casa a la noche y no escuchemos sonidos de persecución. Ninguna sirena aúlla su advertencia. Ni neumáticos chirriantes, ni radios crepitantes que rasgan la oscuridad con sus amenazas de Condenación Inminente para Dexter.

Y cuando al fin, tenso y vigilante, salí de la zona, el aturdimiento de aquel único pensamiento devastador regresó y me agitó como el ruido interminable de las olas al romper sobre una playa rocosa.

Nos han visto.

El pensamiento no me abandonó mientras me desembarazaba de los restos. No era de extrañar. Conducía con un ojo en el retrovisor, a la espera del estallido cegador de la luz azul que iluminaría mi parachoques y el breve aullido áspero de una sirena. Pero nada de esto sucedió. Ni siquiera después de deshacerme del coche de Valentine, subir al mío y volver a casa con cautela. Nada. Gozaba de absoluta libertad, solo por completo, perseguido tan sólo por los demonios de mi imaginación. Me parecía imposible: alguien me había

visto jugando, con tanta claridad como era posible. Habían visto los pedazos de Valentine meticulosamente cincelados, y al risueño y agotado escultor parado sobre ellos, y no era necesaria una ecuación diferencial para llegar a la solución del problema: A más B igual a un asiento en la Freidora para Dexter, y alguien había llegado a esta conclusión con perfecta comodidad y seguridad, pero... ¿por qué no había llamado a la policía?

Era absurdo. Era demencial, increíble, imposible. Me habían visto, y me había ido de rositas. No podía creerlo, pero poco a poco, gradualmente, mientras aparcaba el coche delante de mi casa y me quedaba sentado un momento, la Lógica regresó de sus prolongadas vacaciones en la isla de Adrenalina y, encorvado sobre el volante, me puse en comunicación de nuevo con la dulce razón.

De acuerdo, me habían visto *in flagrante iugulo* y tenía todos los motivos para creer que sería denunciado y arrestado al instante. Pero eso no había sucedido, y ahora estaba en casa, me había deshecho de las pruebas, y nada me relacionaba con el feliz horror de la casa abandonada. Alguien había vislumbrado algo, sí. Pero estaba a oscuras, probablemente demasiado para distinguir mi cara, sobre todo con una breve y aterrorizada mirada, y yo medio vuelto. No había manera de relacionar la figura en sombras que blandía el cuchillo con ninguna persona, muerta o viva. Seguir el rastro de la matrícula del coche de Valentine sólo conduciría a Valentine, y yo estaba bastante seguro de que no iba a contestar a ninguna pregunta, a menos que alguien estuviera dispuesto a utilizar un tablero de güija.

Y en el increíble e improbable caso de que reconocieran mi rostro y lanzaran contra mí graves acusaciones, no encontrarían la menor prueba, tan sólo un hombre con una sólida reputación como miembro de la Comunidad de Defensa de la Ley y el Orden, quien sin la menor duda era capaz de defender su dignidad y desechar aquellas absurdas acusaciones. Nadie en su sano juicio creería que yo habría podido hacer algo semejante..., salvo, por supuesto, mi némesis personal, el sargento Doakes, y no tenía nada contra mí, salvo sospechas, y como las albergaba desde hacía tanto tiempo casi resultaba reconfortante.

¿Qué quedaba? Aparte de vislumbrar en la oscuridad mis facciones, un vistazo dudoso y parcial, ¿qué habría podido ver el desconocido que pudiera frustrar mis ambiciones de continuar en libertad?

Las ruedas y palancas de mi poderoso cerebro chasquearon, zumbaron y escupieron la respuesta: Absolutamente Nada.

No podía estar relacionado con nada que un alguien asustado había visto en una casa oscura y abandonada. Era una conclusión inevitable, pura lógica deductiva, y no había vuelta de hoja. Estaba libre, y lo más probable era que continuara de esa forma. Respiré hondo, me sequé las manos en los pantalones y entré en mi casa.

Dentro reinaba el silencio, por supuesto, puesto que era muy tarde. Percibí el sonido de los suaves ronquidos de Rita cuando me asomé a ver a Cody y Astor. Estaban dormidos, inmóviles, soñando sus menudos y salvajes sueños. Seguí por el pasillo y entré en mi dormitorio, donde Rita dormía y Lily Anne estaba aovillada en su cuna, la maravillosa e improbable Lily Anne, de un año de edad, el centro de mi nueva vida. Me quedé mirándola, asombrado, como siempre, de la suave perfección de su cara, la belleza en miniatura de sus diminutos dedos. Lily Anne, el principio de todo lo bueno de Dexter Serie II.

Lo había arriesgado todo aquella noche. Había sido un estúpido, un descerebrado, y casi había pagado el precio (captura, encarcelamiento, no acunar nunca más a Lily Anne en mis brazos, no sujetar su mano cuando daba los primeros pasos) y, por supuesto, no volver a encontrar un amigo tan digno de mis atenciones como Valentine para conducirlo al Oscuro Parque Infantil. Era un riesgo excesivo. Tendría que pasar desapercibido y portarme muy bien hasta estar absolutamente seguro de que nada me amenazaba. Me habían visto. Había rozado las largas faldas de aquella puta llamada Justicia, y no podía volver a correr aquel riesgo. Debía renunciar a los Placeres de Dexter el Oscuro y permitir que mi Dex Papi se metamorfosara con mi verdadero yo. Tal vez esta vez sería una interrupción permanente. ¿Era necesario correr unos peligros tan horribles sólo para acometer aquellas cosas espantosas y maravillosas? Oí que el

Oscuro Pasajero emitía una queda carcajada burlona cuando se enroscó para descansar. *Síííí, lo es*, susurró con adormilada satisfacción.

Pero durante un tiempo no. Esta noche perduraría, debería perdurar. Me habían visto. Me metí en la cama y cerré los ojos, pero las estúpidas preocupaciones acerca de ser capturado volvieron a infiltrarse en mi mente. Las ahuyenté, las barrí con la escoba de la lógica. Estaba perfectamente a salvo. No podían identificarme, y no había dejado pruebas que pudieran encontrar, y la razón insistía en que me había salido con la mía. Todo iba bien, y pese a que no podía acabar de creerlo, me sumí por fin en un angustiado sueño carente de sueños.

Nada de lo que sucedió al día siguiente en el trabajo me reveló alguna indicación de que debía preocuparme por algo. Las cosas estaban tranquilas en el Departamento de Policía de Miami-Dade cuando llegué al trabajo, y aproveché el estupor matinal para encender mi ordenador. Un cuidadoso examen de los informes de actividades de la noche pasada reveló que no había llegado ninguna frenética petición de auxilio relacionada con un maniaco y un cuchillo en una casa abandonada. No había sonado ninguna alarma, nadie me buscaba, y si a estas alturas no había sucedido, ya no iba a suceder. Estaba libre de toda culpa..., de momento.

La Lógica concordaba con el informe oficial: estaba perfectamente a salvo. De hecho, la Lógica me lo repitió así durante los días siguientes, pero por algún motivo mi cerebro de lagarto no le hacía caso. Me descubrí encorvado en el trabajo, con los hombros alzados para parar un golpe que nunca llegaba, que yo sabía que nunca llegaría, pero en cualquier caso anticipaba. Me despertaba por la noche y prestaba atención a los sonidos del Grupo de Respuesta Especial, que tomaba posiciones alrededor de la casa...

Y no pasaba nada. No sonaban sirenas en la noche. No llamaban a la puerta, no se oía el aullido del megáfono, gritos de que saliera con las manos en alto: nada en absoluto. La vida se deslizaba sobre sus bien aceitados raíles, y nadie exigía la cabeza de Dexter, y empecé a sentir la impresión de que algún cruel dios invisible me estaba

tomando el pelo, se mofaba de mi vigilancia, se reía de mi absurda aprensión. Era como si nada de aquello hubiera sucedido, o que mi Testigo hubiera sido víctima de una combustión espontánea. Pero no podía sacudirme de encima la idea de que algo iba a venir a por mí.

Y así esperaba, y mi miedo aumentaba. El trabajo se convirtió en una penosa prueba de resistencia, estar sentado en casa cada noche con mi familia era una tarea irritante, porque toda chispa y entusiasmo se habían esfumado de la vida de Dexter.

Cuando la tensión se eleva en exceso, hasta los volcanes estallan, y están hechos de piedra. Yo estoy hecho de una materia más blanda, así que no debería haberme sorprendido cuando estallé al fin después de tres días de esperar el golpe que nunca llegaba.

Mi jornada laboral había sido particularmente estresante por ningún motivo en especial. El principal cadáver del día era un «flotador», una cosa muy descompuesta que debía ser joven y varón, y por lo visto se había encontrado en el extremo erróneo de una pistola de gran calibre cuando se disparó. Una pareja jubilada de Ohio lo había encontrado cuando su pontón alquilado pasó por encima. La camisa de seda del flotador se había enredado con la hélice de la embarcación, y el hombre de Akron había sufrido un leve infarto no mortal cuando se inclinó para liberar la hélice y vio la cara podrida que le miraba desde el extremo del eje de transmisión. Cucú: Bienvenidos a Miami.

Cuando esta circunstancia se supo, provocó una gran hilaridad entre los policías y los forenses, pero el cálido bienestar de la camaradería no hizo mella en Dexter. Las bromas de mal gusto que, en circunstancias normales, habrían provocado mi mejor risita falsa parecían uñas sobre una pizarra, y fue por un milagro de autocontrol que guardé silencio durante los noventa minutos que duró la estúpida hilaridad sin prender fuego a nadie. Pero hasta las experiencias más difíciles han de terminar, y como ya no quedaba sangre en el cuerpo después de tanto tiempo en el agua, nadie llamó para solicitar mi experiencia particular, y por fin quedé en libertad para volver a mi escritorio.

Pasé el resto de la jornada laboral dedicado al papeleo rutinario, grité cuando encontré expedientes mal guardados y monté en cólera ante la estupidez de los informes por escrito de todo el mundo. ¿Cuándo había muerto la gramática? Y cuando por fin llegó la hora de regresar a casa, conseguí salir y subir al coche antes de que se hubieran apagado los ecos de la última campanada de la hora.

No me divirtió la indiferente sed de sangre del tráfico nocturno. Por primera vez me descubrí dándole al claxon, devolviendo las peinetas y rabiando por la tardanza junto con todos los demás conductores frustrados. Siempre había sido evidente que todos los demás habitantes del mundo eran penosamente estúpidos. Pero aquella noche eso me ponía de los nervios, y cuando llegué por fin a casa, no estaba de humor para fingir que me sentía contento de volver con mi pequeña familia. Cody y Astor estaban jugando con la Wii, Rita estaba bañando a Lily Anne, todos ellos escenificando su vacío, tonto e inconsciente espectáculo, y cuando me detuve en la puerta y contemplé la profunda e irritante estupidez de mi vida, sentí que algo se partía, y en lugar de destrozarse los muebles y derribar a puñetazos todo cuanto me rodeaba, tiré las llaves sobre la mesa y salí por la puerta de atrás.

El sol estaba empezando a ponerse, pero la noche era todavía calurosa y muy húmeda, y después de dar tres pasos en el patio ya sentí que gotitas de sudor perlaban mi cara. Las noté frías cuando resbalaron sobre mis mejillas, lo cual significaba que tenía la cara caliente. Una rabia extraña me había congestionado, una sensación que casi nunca me dominaba, y me pregunté qué estaría pasando en el País de Dexter. Estaba nervioso, por supuesto, a la espera del apocalipsis inevitable, pero ¿por qué debía transformarse eso de repente en ira, y por qué iba dirigida contra mi familia? El fango interior en el que me había revolcado había estallado en rabia de repente, algo nuevo y peligroso, y todavía no sabía por qué. ¿Por qué sentía aquella ira furiosa causada por unos cuantos ejemplos inofensivos e insignificantes de estupidez humana?

Crucé la hierba marrón y dispersa de nuestro jardín y me senté a la mesa de picnic, por ningún motivo en especial, salvo que había

salido al exterior y creía que debía hacer algo. Sentarse no era una gran actividad, y no consiguió que me sintiera mejor. Abrí y cerré los puños, y después fruncí y desfruncí el ceño, y di otra bocanada de aire caliente y húmedo. Eso tampoco me calmó.

Leves, insignificantes, absurdas frustraciones, la verdadera materia de la vida, pero habían llegado a un extremo en el que me estaban desmoronando. Ahora, más que nunca, necesitaba guardar una calma gélida y ejercer un control absoluto. Alguien me había visto. Era posible que, en este preciso momento, estuviera siguiendo mi rastro, cada vez más cerca, portador de la Destrucción de Dexter, y yo necesitaba atenerme a la lógica más estricta en plan señor Spock: algo menos sería fatal. Y, por tanto, necesitaba saber si este ataque de pasión airada significaba que el tapiz artístico tejido con tanta pericia que es Dexter se estaba desenredando, o si sólo se trataba de un desgarrón temporal en la tela. Tomé otra enorme bocanada de aire caliente y cerré los ojos para escuchar cómo abrasaba mis pulmones.

Y en ese momento oí una voz tranquilizadora por encima del hombro, la cual me decía que había una respuesta, y que era sencillísima, sólo por esta vez, si escuchaba un momento la voz de la razón clara y emocionante. Sentí la bocanada transformarse en mi interior en una gélida neblina azulada, abrí los ojos y miré hacia atrás, a través de un hueco del árbol que se alzaba sobre mí, por encima del seto del vecino, hasta clavar la vista en el horizonte cada vez más oscuro, donde estas sedosas palabras estaban descendiendo desde una gigantesca y risueña luna burbujeante de un tono amarillo anaranjado, que se elevaba ahora sobre el borde del mundo y se alojaba en el cielo para flotar como el amigo gordo y feliz de unas vacaciones infantiles...

¿Por qué esperar a que te encuentre?, decía. ¿Por qué no encontrarle a él antes?

Y era una verdad deliciosa y seductora, porque yo era un experto en dos cosas sencillas: cazar a mi presa y deshacerme de ella después. ¿Por qué no hacer eso? ¿Por qué no podía ser proactivo? Saltar en las bases de datos con ambos pies, buscar una lista de todos los Hondas antiguos de color oscuro de la zona de Miami con un

faro trasero colgante, y seguirlos uno a uno hasta encontrar el correcto, y después solucionarlo todo de una vez por todas haciendo lo que Dexter sabe hacer mejor: pulcro, sencillo y divertido. Si no había Testigo, no había amenaza, y todos mis problemas se derretirían como cubitos de hielo en una acera veraniega.

Y mientras pensaba en eso y volvía a respirar, sentí que la tenue marea roja retrocedía por completo, y mis puños se abrían, y el rubor se borraba de mi cara cuando la luz fría y feliz de la luna sopló su suave aliento sobre mí, y desde los rincones en sombras de mi fortaleza interior se desenroscó un ronroneo sedoso, asintió, lanzó una risita de ánimo y me dijo con absoluta claridad: *Sí, ya lo creo. En realidad es tan sencillo...*

Y así era. Todo cuanto debía hacer era pasar un rato en el ordenador, buscar algunos nombres, para después deslizarme en la noche, perderme en la oscuridad con algunos accesorios inofensivos, apenas un rollo de cinta americana, un buen cuchillo y un sedal. Buscar a mi Sombra, y después guiarla con delicadeza para compartir conmigo los pequeños placeres de una agradable velada de verano. Nada podía ser más natural y terapéutico: un sencillo desahogo, un intervalo relajante para cortar todos los nudos irracionales, y el final de una injusta amenaza para todo cuanto me es querido. Era todo tan lógico, en todos los niveles. ¿Por qué debía permitir que algo se interpusiera en el camino de la vida, la libertad y la práctica de la vivisección?

Respiré hondo de nuevo. Poco a poco, con calma, el ronroneo seductor de esta sencilla solución susurró en mi interior, acarició mis piernas interiores con su pelaje y prometió placeres sin cuento. Alcé la vista al cielo. La luna hinchada me dedicó otra sonrisa afectada persuasiva, una invitación a la danza teñida de la promesa de un arrepentimiento eterno si era lo bastante estúpido para negarme. *Todo saldrá bien*, me canturreó con un ritmo trepidante y una deliciosa combinación de acordes mayores. *Mejor que bien: maravilloso.*

Yo había querido algo sencillo: ya lo tenía. Busca y rebana, y punto final al problema. Alcé la vista hacia la luna, y me devolvió la

mirada con afecto, sonriendo a su estudiante favorito, que por fin había comprendido el problema y visto la luz.

—Gracias —dije. No contestó, salvo por otro guiño taimado. Aspiré otra bocanada fresca, me levanté y volví a la casa.